



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

AUTORES DRAMÁTICOS
ENRIQUE GASPAR.



Lit. de Brabo, Desengano, 14 y Carbon, 7, Madrid.

Todo el mundo está conforme
en que tiene ingenio y sal
Su Levita, sin rival,
vale más que un uniforme
de Capitán General.

SUMARIO

TENTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La Cocotte, por José Estremera.—Declaración, por Eduardo de Palacio.—Pulique, por Clarín.—A Rey meo, por Sinesio Delgado.—A José Estremera, por Placido Yrizar.—Naturalismo Cruel, por Constantino Gil.—Corrida extraordinaria, por José López Silva.—Chistes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GABARDO: Enrique Gaspar, por Gaspar.—Variedades.—Se me ocurre una idea... por Cilla.



Aún resuena en nuestro oído la voz dulce y armoniosa de los últimos forasteros que abandonaron esta capital, después de haber apurado todos los placeres que proporciona San Isidro.

Parece que fué ayer cuando me dijo la jueza municipal de Majalauva, colocando ambas manos sobre mis hombros y rociándome la cara con el puro rocío de su aliento:

—Conque... hasta el año que viene y tantas gracias por sus obsequios.

A mí me había salido esta jueza; y fui de los mejor librados, porque á un amigo mío le salió un párroco abrupto de la provincia de Santander, que casi mugia; y fueron tantos los disgustos que le causó por su afán de verlo todo y de dirigir la palabra divina á los transeuntes, que mi amigo, hartó ya de presbítero selvático, tuvo que encerrarle en la despensa, mientras no disponia de él la autoridad eclesiástica.

Para poderle sujetar, sin riesgo de los aprehensores, fué necesario meterle la cabeza dentro de la cesta de la compra, y aun así, hubo de morder a la cocinera en una pan-torrilla.

Hoy, gracias á Dios, han vuelto á sus lares todos los hijos de la fe que se nos habían entrado por las puertas, y ya puede uno salir á la calle en la seguridad de que no ha de encontrar á ningún paisano de esos que no hacen más que verle á uno y le dan una paliza para expresar su sorpresa y su amor.

—¡Mira, mira quién está aquí!—dicen á gritos en cuanto le echan á V. la vista encima.

Y se abalanzan á abrazarle á V. poseídos del vértigo. Después ya no le sueltan hasta que se van, y es necesario que V. les acompañe á todo, ilustrándoles con su consejo y conduciéndoles con mano cariñosa por esta senda erizada de abrojos.

—¡Hombre! Quisiera llevarle algo á las de Abadejo, que han estado muy finas cuando el último parto de mi mujer.

—Pues allá tú.

—¿Qué te parece á ti que les lleve?

—¿Cuántas son?

—Son cinco; pero una está muy mala de un bulto.

—Llévalas cinco alfileros.

—De fijo que ya los tienen, porque están en muy buena posición.

—Entonces llévalas cinco acordeones, ó cinco grillos con sus jaulas... A no ser que también los tengan.

Los paisanos que vienen aquí á echar una cana al aire, empiezan por declararse hijos adoptivos de uno, y exigen que se les quiera como á pedazos del corazón.

Hay, pues, necesidad de interesarse por ellos y de procurar que no sufran ni se agiten, ni beban agua estando sofocados, y cuando se consigue, al fin, que regresen al pueblo... ¡ay! parece que le quitan á uno de encima un baúl mundo.

Desgraciadamente, yo he sido víctima de muchos paisanos trashumantes, y estoy resuelto á sacudir el yugo. Hace cuatro días que encontré en la calle de Carretas á un escribano de mi pueblo. El hombre no hizo más que verme, y se me arrancó en corto; pero yo que le vi las intenciones, pedí auxilio á la pareja. De otro modo, hoy hubie-

ra estado todavía en sus garras, porque es de los que madrugan y le van á despertar á V. á las siete de la mañana, con estas halagadoras frases:

—¡Eh! ¡arriba, perezoso! Hoy tenemos mucho que hacer. ¡Vaya un diña que se nos preparal...

Si le saliera un escribano así á Antonio Arnao, ¡qué pocos versos escribiría!

La autoridad ha detenido á un sujeto que se había disfrazado de sacerdote para poder quedarse con el dinero de los demás. Al verle los hábitos y la mansedumbre que revelaba en su rostro, todas las personas piadosas que asistían al acto de la captura, prorrumpieron en sollozos. El, entonces, las bendijo con una ganzúa que llevaba en la mano por casualidad, y dirigió al cielo la mirada; después se puso á picar un cigarro, y desapareció acompañado por los vigilantes de la ronda.

Al ingresar en la cárcel se persignaron los dependientes, y alguno llegó á darle dos pesetas para una misa, lo cual que tomó las dos pesetas, como era su obligación.

Ahora, con que resulte que es un cura auténtico, dado á las cosas del mundo, habrá cometido la policía una verdadera falta, porque no creo yo que sea lícito coger un cura, como si fuera una persona natural, y ponerle el capuchón infamante que tanto desfigura.

A bien que si resultase el día de mañana que á más de cura era santo, siempre tendría en pro de sus virtudes la de haber sufrido persecución por la justicia, y podría poner en sus tarjetas celestiales:

FULANO DE TAL

PRESBITERO Y TOMADOR

En clase de toro, se ha distinguido en la pasada semana uno que recorrió la calle de Atocha, dando rienda suelta á su fantasía, y proporcionando solaz á los aficionados.

Un cojo, que se dirigía á la estación del ferrocarril, lo pasó de muleta, y pudo evitar que ocurrieran muchas desgracias, pues el cornúpeto tenía la intención de entrar en Fomento y enterarse por sí mismo de cómo van los asuntos públicos.

Un guardia le disparó un tiro, creyendo habérselas con un estudiante, pero la cosa no pasó de aquí, y ambos animales resultaron incólumes.

Dado el esmero con que se vigila á las reses bravas, es de esperar que sigan escapándose, cosa que, después de todo, no ha de sorprendernos, porque estamos muy acostumbrados á tropezar manos á boca con reses que andan sueltas por ahí, y que ni siquiera acuden al engaño.

En Sevilla se ha creado una escuela de tauromaquia, y es que allí no tienen la suerte de poder torear en la calle, como nos sucede á nosotros, que, gracias á Dios, vivimos en perpetua corrida.

¿Qué más escuela de tauromaquia que la que han establecido las autoridades, tolerando que los toros se nos vengán á la mano y nos embistan espontáneamente?

[LUIS TABOADA.

LA COCOTTE

Aunque oriunda soy de Francia,
voy salvando la distancia;
ya mi garbo, mi fragancia
y elegancia
traigo aquí.

Soy la bella entre las bellas.
Si por mí entablan querellas
las más púdicas doncellas,
¿qué son ellas
junto á mí?

Si hay algunos que me infaman,
son los más los que me llaman
y me buscan y me aman
y me aclaman
por mejor.

Los maridos antes fieles,
cambian sedas y joyeles
y carrozas y corceles,
por las mieles
de mi amor.

Aunque amor en míalms impera,
nunca fui su prisionera;
y gozando lisongera
primavera
de placer,
cien amantes, nunca dueños,
ni celosos, ni zahareños,
me realizan halaguetos
mis ensueños
de mujer.

Ni mi amor temió la invidia,
ni con celos nunca lidia;
y, aunque suele fiera envidia
mi perfidia
maldecir,
su deseo no me alcanza:
para mí todo es bonanza;
y, constante en la mudanza,
do me lanza *
quiero ir.

Al placer siempre dispuesta,
ni garmosa, ni indigesta,
no hay ninguna, en bulla ó fiesta,
tan apuesta
como yo.

Mi postura que sedujo,
mil envidias me produjo;
cambió modas á su influjo,
y mi lujo
se imitó.

Mi hermosura á más de un santo
pervirtió, pero, entretanto,
sin pesares y sin llanto,
—halla encanto
donde va.
¿Que el placer es sombra vana?...
Si de flores se engalana,
siga yo la senda ufana,
que, mañana...
Dios dirá.

JOSÉ ESTREMEZA.

DECLARACIÓN

Diálogo tomado al vuelo
entre un joven zascandil
y una muchacha doncella,
pero de Cangas de Onís,
amantada en Vitoria
y doctorada en Madrid.
—Hoy está usted más bonita.
—De veras, don Serafín?
—Tiene usted unas colores
que envidiarán el jarrín,
la rosa de Alejandría,
y las del pitimín.
Y una gracia, sobre todo,
una figura, un *esprit*,
que al oír á usted—«Te quiero,
me estás haciendo tilín,
se pondrá un hombre lo mismo
que si se fuese á morir.
—Pero, si todos ustedes
suelen principiar así,
y acaban... como Dios sabe.
Tuve yo un novio en Motril...
—¿También en Motril?...

—¡Ay, hijol
si he recorrido el país!
Era un cabo de la bene-
mérita Guardia civil,
pero un muchacho muy fino,
que entró por gusto á servir,
y un día, si no ando lista
para quitarle el fusil,
me *afusilan* sin remedio,
por celos de un figurín
que también me hacía el oso.

—Era más bravo que el Cid!
—¿Quién? ¿el figurín ó el guardia?
—El guardia. Le conocí
en un baile casi público.
—¿Casi?

—Bailando un *chotis*,
cayó mi pareja al suelo,
y yo tropecé y caí.
—¿Qué vería en mi aquel hombre,
que me agarró sin sentir,
me puso en pie, me miró,
y me llamó «querubín»?
me compró unos *carambelos*
y me acompañó al salir?
—Hija, no sé qué vería;
como yo no estaba allí...
—Pues apesar del cariño,
y de hacerme consentir,
cambió de provincia el tercio,
y abur.

—Yo soy incivil,
es decir, inamovible,
y en diciendo:—«Ven, Pepín,
diminutivo precioso
que tiene la mar de *chis*,
me verá usted á su lado,
más seguro que un mastín,
y salva sea la parte.
—¿Bribón!

—¿Nena!
(Comprendí
que se ponían muy tiernos,
y vamos... no quise oír.)
EDUARDO DE PALACIO.

PALIQUE

¡Seis bolas negras!

Seis españoles, llamémoslos así, que opinan que Zorrilla no merece 30.000 reales al año, como los que se le pagarán á toca teja á Tejada Valdosera el día, día feliz, que deje de ser Ministro.

Es decir, que según esas seis bolas, símbolos de otros tantos padrastros de la patria, Zorrilla no ha prestado al país tantos servicios como Marfori, el Marqués de Molins ó cualquier otro Roca más ó menos Togores que haya sido Ministro.

¿Qué crearán esas *bolas negras* que es un poeta, y qué crearán que son 30.000 reales?

¡Lástima que esos caballeros no tengan el valor de sus convicciones hasta el punto de arreversar á fundar su voto y firmarlo y darlo al público así.

¿Qué pueden alegar en favor de su opinión negra?

¿Que no saben leer y qué para ellos sobran los poetas que no cantan por la calle?

Eso no basta; porque otros muchos diputados habrá que no sepan leer, por lo menos con sentido, y señalando las comas como es debido.

Mejor disculpa es la que se atribuye á uno de esos señores negros, que decía explicando su voto:

—Sí, señores, yo soy una de esas bolas... porque... franca-

mente, eso de pagarle el pupitaje en Londres á un revolucionario como Zorrilla, no me hace gracia.

Hay quien dice que otro de los que votaron en contra, otro de los tiznados, fué el Marqués de Pidal; pero es claro que estos son dicharachos, y no hay fundamento que históricamente dé fuerza á semejante atrevida conjetura.

Yo me apresuro á decir que no sé si fué ó no; que creo que no puede haber pruebas de que haya sido, y que me guardaré muy bien de suponerlo.

Pero ello es que los que presumen que fué él dicen, y mienten seguramente, que exclamaba:

—¡Zorrilla! ¡Bah, bah! ¡Si fuera el P. Mir!

—O yo—añaden que interrumpió Cánovas.

No, y lo que es que á Cánovas le dieron un buen día esos seis negritos no cabe duda.

Cánovas habrá votado con bola blanca, pero en el *forro interior*, que diría el otro, de fijo le pareció una delicada atención para con su lifa el voto oscuro de los seis incógnitos.

—Señores—gritaba un ministerial—yo creo que Zorrilla merece la pensión; pero es una injusticia que aquí se den pensiones, ni se celebren centenarios, ni banquetes, ni nada, en honor de bicho viviente ó difunto, mientras la patria, agradecida y enamorada, no tribute al cantor de Elisa la apoteosis que merece.

—¿Pero qué le parece á V. que merece Cánovas? ¿qué le daremos?—la preguntaban.

—Qué sé yo... algo así... como... la luz del Tabor; eso es, una aureola de luz eléctrica, unos cuernos luminosos, como los de Moisés... en fin, algo muy reluciente.

—¿Le parece á V. que hagamos de él lo que la antigüedad con la cabellera de Berenice?

—Eso es, justo, ¡qué menos puede ser Cánovas que una constelación! ¡Elevémosle á la categoría de nebulosa!

Y Bosch, ó sea Bosquete, haciendo un colmo, diría:

—Si me convierten VV. en estrella á Cánovas, no olvidarse que sea de las dobles!

Otro de los *bolas negras*, que es mestizo, decía que él hubiera votado la pensión con mil amores si fuera para D. Ceferino Suárez Bravo, alias Ovidio el Romo, autor de *Verdugo y sepulturero* y de un ante-proyecto de ópera española, intitolado *Don Alvaro de Luna*, y además inventor de una novela consumada que responde por *Guerra sin cuartel*.

Eso sí. Mientras las Cortes españolas no acaban de dar á Zorrilla, al gran poeta nacional, del que se hablará todavía cuando ya no haya Cortes en el mundo, ni casta de Torencs para presidiar á los *señores ministros* que asedado dan nuestros mandatarios, la Academia Española pierda el *lucro*, que es oro, oyendo leer día tras día una novela de Ovidio el Romo, y en una sola votación decida premiarla con 10.000 reales, ni más ni menos que si fuera de Méndez Núñez.

Un novelista que va á pedir 10.000 reales á la Academia está juzgado... como hacendista; y una Academia que premia, por sí y ante sí, una novela de Ovidio el Romo, está también juzgada, por esto y por el diccionario y por Catalina, que era antes el último académico, y ahora es el penúltimo, gracias al Marqués de Pidal, ese *non plus ultra*.

Peró no tergiversemos los académicos.

A los cuales un colaborador de *El Imparcial* les está demostrando que no saben lo que se *diccionarizan*.

Eso sí; mucho Conde de Cheste, Marqués de la Pezuela, ó al revés, ó no sé cómo, ni me importa, dignidad de Clavero Mayor (y no ha dado una en el clavo, tan viejo como es) individuo de la de los (*¿en qué quedamos?*) Arcades en Roma (como si hubiera Arcadia posible donde está Pezuela), socio preeminente de la de Buenas Letras de Sevilla... sí, sí, preeminente y proomiscuante y protuberante y preesidente y *Antítil-Dante*.

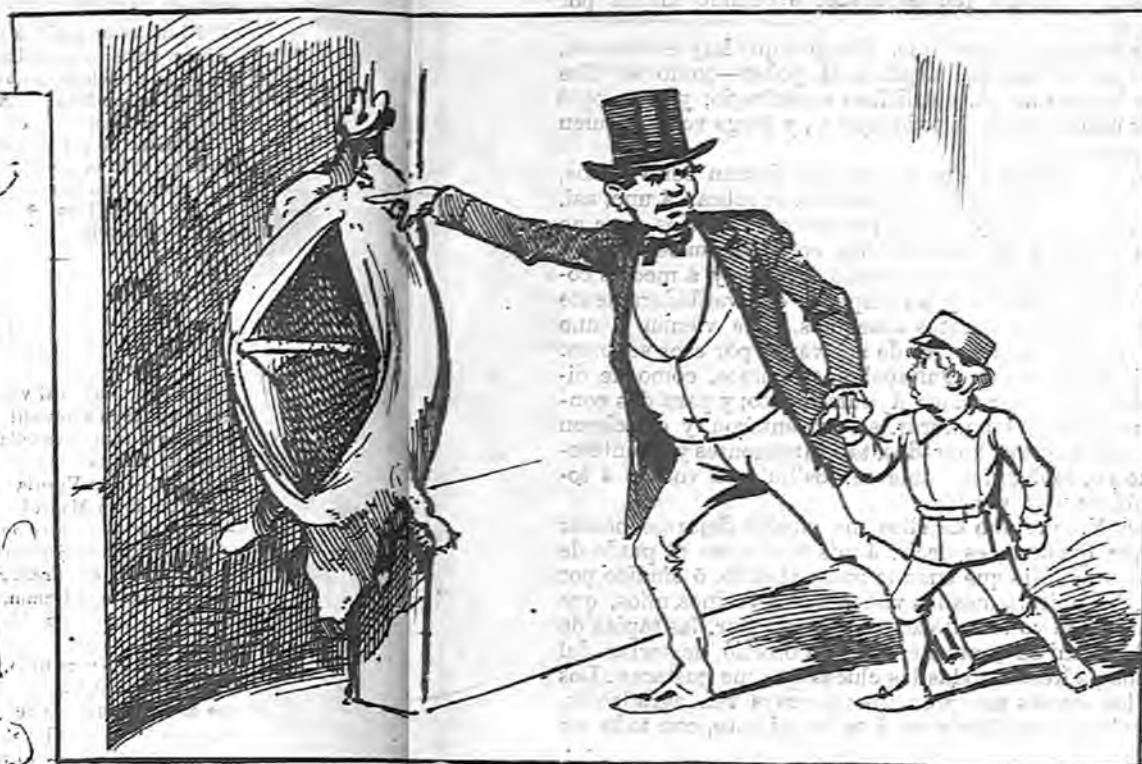
Para definir á Cheste y á Molins, ese Roca Togores de apellido y Roca Tarpeya de la poesía, tiene el Diccionario de la Academia palabras, palabras, palabras; y para definir á Dios no tiene más que estas: «Nombre sagrado del Supremo Sér (por no decir Sér Supremo), criador del Universo, (¿qué sabe V.!) que lo conserva y rige por su providencia... ¡Vaya una teología rampolona! Y gracias que la Academia no hace á Dios de la de los Arcades de Roma.—Y qué más dice de Dios? A los dos otros renglones dice esto: *Adiós con la colorada*, expresión familiar de que se usa para despedirse.

Y vive Dios que no es verdad. Adiós con la colorada es una exclamación que se usa para manifestar que una cosa se ha echado á perder, ó que lo hecho ó dicho por alguien es una salida de tono ó de pie de banco. Así, por ejemplo, la Academia publica un diccionario lleno de disparates y el país exclama: ¡Adiós con la colorada!

VARIEDADES



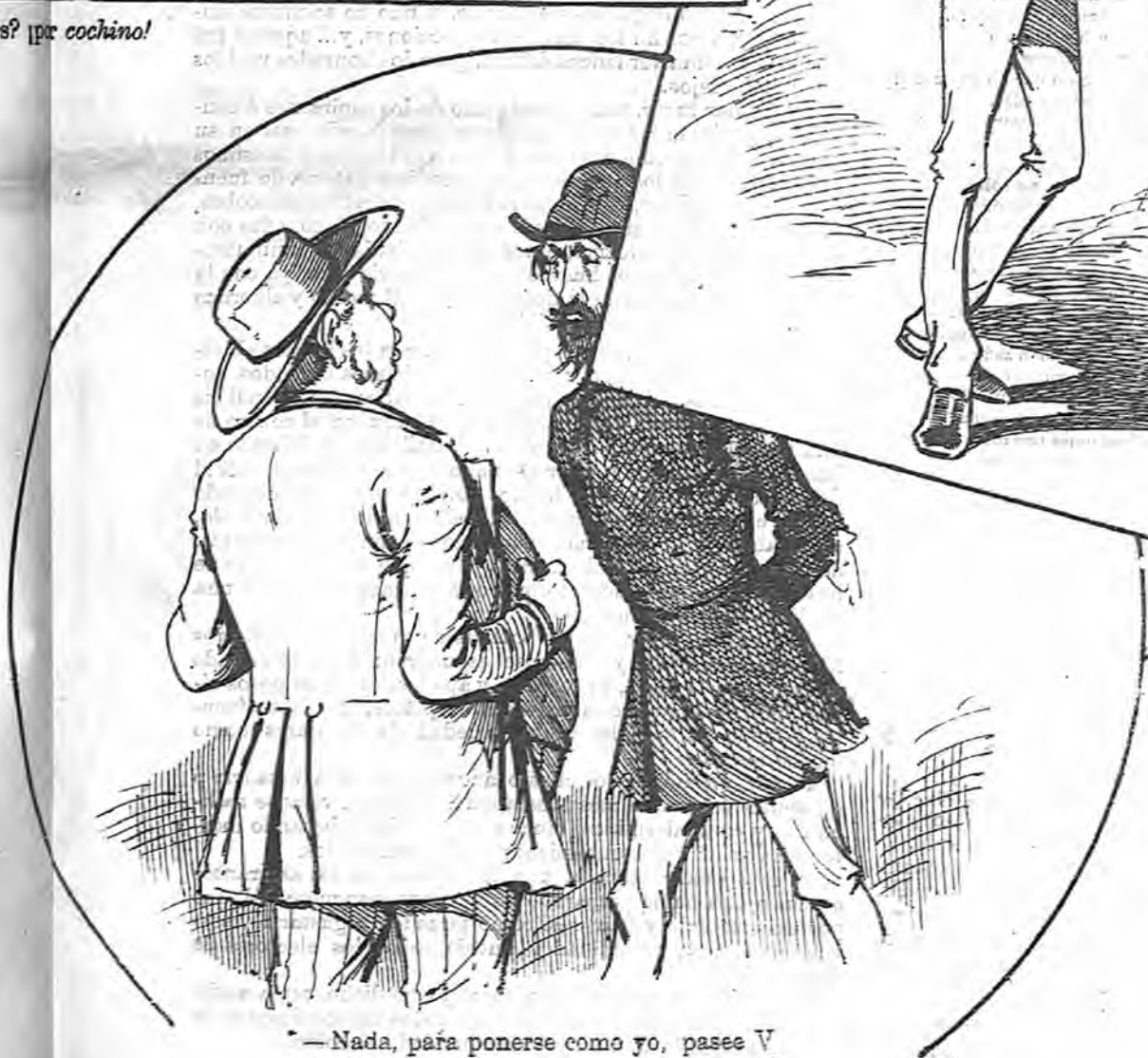
—¡Qué bonito es tu traje de verano!
 —¡Larguezas del anciano!
 —¡Pues digo, que tu traje de mañana!
 —¡Larguezas de la anciana!



—¿Ves? ¡por cochino!



—¡Oh! ¡qué filtro envenenado!
 me dan en este papel!



—Nada, para ponerse como yo, pasee V.
 mucho después de comer...
 —¿Después? ¡Ay! pues me parece que no
 paseo en una temporada.

Y la colorada aquí es la Academia, que debe de estar como un tomate.

¿Si serán académicas las seis bolas negras del Congreso?
CLARIN.

A REY MUERTO...

Antes de ayer rullimos.
¡El lance estuvo bueno!
La puse como un trapo,
me puso como nuevo,
la dije perrerías,
me dijo mil dicterios,
rompimos los cacharros,
juramos odio eterno
y fuime de su casa
con un humor de perros.

Llevaronse los diablos
amor y juramentos;
ni chispas de cariño
quedaron en los pechos,
nos vimos mutuamente
plagados de defectos
y nos dijimos ambos:
—¡Caramba, pues me alegro!

Hoy viene su doncella,
morena de ojos negros
que están pidiendo a voces
propinas y requiebros,
y trae un paquetito
con cinta azul sujetó.
¡La ingrata me devuelve
teñezas y fiorens!
Me carga este detalle
que indica su desprecio.

y tanto me incomodo,
que voto sin saberlo.

En tanto la morena
me mira sonriendo,
así como quien dice:
—¡Te enfadas! ¡pues lo siento!
Recojo sus billetes,
los lio, y los devuelvo,
y en una tarjetita
la insulto como un necio.

Al cuarto de hora escaso
escribeme de nuevo,
y vuelve la doncella
mirándome y riendo.
¡Caramba con la chita!
¡qué rostro tan risueño!
¡Qué talle tan flexible
y qué labios tan frescos!
Yo leo la misiva
y... ya no la contesto.
En cambio a la machacha
la digo chicoleos,
y no sé qué la juro
y no sé qué la ofrezco.
En fin, ¡si será tuno!
mañana me la llevo
al Circo por la tarde
y luego... ¡Toma! luego....

SINESIO DELGADO.

A JOSÉ ESTREMEIRA

Me has puesto encarnado el cutia
hablando de ingenios gráciles,
y aunque no haga versos fáciles
no por eso he de hacer *mutis*.

¿A qué ha venido ese soplo,
ni a qué de pronto me soplas
para que escriba unas coplas
que ni acadas á escoplo?

Buscando tanto administración
vamos á armar la de Troya,
y lo siento porque voy á
quedar en lugar ridículo.

Esta cuestión es muy feida
y, francamente, me *chinchó*
y me requema y me píncha
lo mismo que una cantárida;
porque aunque mi musa irradie
destellos desde el principio,
me haces poner mucho ripio
y eso no le gusta á nadie.

¡Y te echaré una peluca
por decir que te entusiasmas!
¡Eso es una cataplasma
que me pones en la nuca!

¡Eso es mandarme al cadalso
haciendo el papel de ésbirro;
pues sabes que no me piro
por las salidas en falso!

Y aunque esto no es ningún timbre
de gloria, sino un estorbo,
ante tu amistad me encorro
como una delgada mimbre.

Por más fácil, con Fiacro
formando suaso un pirriquoio,
metes en un hemisiquio
para rima, *simulacro*,

sin haber visto que no hay zoz-(t)
obra que te haga dudar,
como quieras encontrar
el consonante de Yráyroz.

Y pondrás la cara mustia;
pues mi erudición no sólida
te escribe una carta estólida
que te llenará de angustia.

He puesto un número pingüe
de vocablos estrambóticos,
y alguno de ellos exóticos
—que para eso soy bilingüe;—
y como he llegado al cúmulo,
las gentes me llaman zafio...

¡Y este será el epíteto
que me pongan en el título!

Por tomarme la revancha
mis inclinaciones tuero,
¡y después de tal esfuerzo
va á resultar una plancha!

Peró ya noto cansancio
de dar tanto y tanto tumbo,
y voy, cambiando de rumbo,
á dejar mi estilo rancio.

Que aunque duro como el bronco,
al consultar mi reloj,
su negra esfera de boj
me dice que son las once.

FIACRO YRÁYROZ.

NATURALISMO CRUDO Y OTROS EXCESOS⁽¹⁾

Sucedió... lo que sucede siempre en esos casos. Los vecinos de Quitapellejos, pueblecito inmediato á Cartajena, teníamos que elegir nuevo Ayuntamiento.

Uno, ya se ve, es amigo de todo el mundo, porque siempre es bueno estar bien con todos, por lo que pueda suceder. Además, los que tenemos carácter afable y no sabemos reñir, generalmente tenemos por costumbre dar la razón á todas las personas con quienes hablamos; lo cual no cuesta

gran trabajo, y ahorra mucha saliva y algunas desazones.

De este modo, manda quien manda, siempre se tienen amigos entre los concejales y diputados; y cuando á los chicos les toca la mala suerte de entrar en quintas, ó sale uno á caza y mata un par de perdices ó un gazapillo, no le molestan á uno *de las puertas*; y tampoco, en el primer caso, estiran demasiado á los chicos para que lleguen á la talla; y, si viene á mano, y es posible, hacen el favor de *darlos* por rotos ó torcidos del espinazo, ó cuando menos por tontos.

De todo esto se deduce que, siempre que hay elecciones, unos y otros de los que aspiran al poder—como se dice ahora—le buscan á uno, y solicitan su sufragio; y uno, ¿qué va á hacer uno? Decirles á todos que sí, y luego votar á quien mejor le parezca.

Peró no es esto todo; sino que los que desean ser votados, poco más ó menos que si fueran pelotas, le cobran á uno, así, de pronto, una afección y cariño tan extraordinarios, que no lo dejan á uno ni á sol ni á sombra, como se suele decir; y constantemente le están convidando á puros y á medias copas, con una amabilidad y un empeño, que verdaderamente no hay quien resista á tantos obsequios, y le vienen á uno ganas de dar hasta la sangre de sus venas por esos señores.

Sucedió, pues, que en Quitapellejos tuvimos, como he dicho, necesidad de elegir nuevo Ayuntamiento; y para dos concejales que debíamos nombrar, se presentaron y ofrecieron quince individuos, tan honrados, tan inteligentes y desinteresados, que yo, lo digo francamente, los hubiera votado á todos, si hubiese sido posible.

Figúrese V. que uno de ellos me ofreció dejarme pastar siempre que quisiera, es decir, á mis mulas, en el prado de la villa; otro me dijo que cuando fuera alcalde, ó síndico por lo menos, les quitaríamos las vistas á dos vecinos míos, que se oponían á que yo levantase, por Norte y Sur, las tapias de un corral de mi casa; otro, en fin, me ofreció desterrar del pueblo á los padres de todas las chicas que me gustaran. Los demás... los demás me prometieron cosas tan agradables, que no pude menos de ofrecer á todos mi voto, con todo mi corazón.

Y como todo llega en este mundo, si uno no se muere antes, llegaron por fin los días de las elecciones, y... aquello fué una delicia, una verdadera delicia, para los honrados vecinos de Quitapellejos.

En primer lugar, todos y cada uno de los aspirantes á concejales, pusieron largas y espaciosas mesas, cada cual en su casa respectiva, cubiertas todas ellas con blancos y finísimos manteles, sobre los que descansaba copiosa batería de fuentes, soperas, platos, ventrudas calderetas de reluciente cobre. Hervían en éstas, sustanciosas sopas de ajo, sazonadas con colosales lonjas de tocino, entre las que bailaban innumerables parejas de frescos huevos cocidos, convidando, ya con la naracada clara, ya con la dorada yema, al recreo y alborozo de los paladares menos sensibles.

En segundo lugar, veíase por doquier, con los pechos abiertos, las blancas piernas extendidas y los brazos cruzados, robustos cabritos y obesos lechoncillos, sibirificamente tendidos en anchas bandejas de brillante estaño. Aquí en el centro de una mesa, se levantaba formidable castillo; todo labrado en blanquísima azúcar, y por cuyas almenas asomaba multitud de pequeños morteretes, hechos con sabroso y almibarado hojaldre. Más allá, en ambos extremos de la cargada tabla, se alzaban y ofrecían, con maravilloso artificio compuestas, dos grandes pirámides de torrijas, á las que servían como de base y fundamento dos enormes quesos, tamaños como una mediana piedra de molino.

Excusado es decir que las botellas de toda clase de licores formaban apretado y numeroso escuadrón; que, acampado en casi toda la mesa, se repartía y apoderaba de los pocos sitios que dejaban vacíos las soperas, platos, bandejas fuentes, donde se hallaba tanta variedad de manjares como queda descrita.

Y, por último, de los cuatro ángulos de cada estancia ó aposento, en que las mesas estaban dispuestas, veíanse reclinados, y como dormidos, hinchados pellejos rebosando mosto, para solaz y contentamiento de los comensales.

De esta suerte, en cada una de las casas de los aspirantes á concejales había preparado un opiparo banquete; al que podían concurrir, y eran casi como forzados á gustarlo y servirse de él á su comodidad y antojo, todos los electores de Quitapellejos.

Yo me hallaba entre ellos; y, como ya he dicho, tenía amistad íntima y trato frecuentísimo con todos los solicitantes de votos, en aquella famosa y nunca olvidada elección.

(1) Mi apellido me ha obligado—porque así se necesita,—á que esto se escriba—ya no—en un solo día.

(2) Primer capítulo de la novela *El marqués*, que verá la luz pública en breve.



Así es que, apenas puse aquel día los pies en la calle, cogíme uno de los futuros concejales, me llevó a su casa, y, quieras que no, me hizo gozar del agasajo que tenía en ella. Al salir, tropezéme con otro, y me condujo amorosamente a la suya, donde, de igual manera, no tuve más remedio que comer y beber durante un par de horas.

De este modo las recorrí todas, y en todas ellas tragué y bebi gallardamente, por no desairar a tan amables y generosos convecinos.

Después, yo no recuerdo a qué hora, ni cómo, ni con quién, llegué al sitio donde se verificaba la elección, deposité ó emité—como dicen los periódicos—mi sufragio; tampoco recuerdo bien a favor de cuál de aquellos espléndidos candidatos.

Al anochechar volví, ó me llevaron, a mi casa; que esto, tampoco me atrevería a afirmarlo; y tan cansado estaba, que me metí en el lecho, cayendo en un sopor y amodorramiento que me duraron no sé cuántas horas.

Sin embargo, me hallaba satisfecho; por haber cumplido con mi deber de ciudadano, ejerciendo el sufragio, y haber complacido también a todos los candidatos; pues a todos y cada uno les prometí y juré, delante de su mesa respectiva y con la boca llena, que mi voto sería para él exclusivamente.

CONSTANTINO GIL.

(Se continuará.)

CORRIDA EXTRAORDINARIA

Abrió la casualidad
el portalón del encierro,
y atravesando el dintel
pisó las piedras del rucdo
un toro carriavaco,
bociblanco y ojinegro,
bien plantado, de ancha cuna,
de libras y jabonero,
grandullón y con dos velas...
¡qué dos velas, santo cielo!

Yo inocente en paz vivía
sin tener conocimiento
de que nadie proyectara
dar corridas de este género,
cuando al volver una esquina
pude ver de espanto lleno
un toro como una casa
que vino hacia mí derecho.
Yo que en peligro me ví,
como el soldado del cuento,
y no teniendo un reducto
donde resguardar mi cuerpo,
hecho un toreto per accidens
sin arte, pero con miedo,
y a fortiori (que decimos
nosotros los extranjeros),
le dí un quiebro pistonudo
y un par de cambios soberbios.
(Palmas, cigarros, botinas,
calcetines y sombreros.)
No salí como Dios manda
de la cara del becerro,
pero no obstante, los lancés
fueron, buenos, buenos, buenos.
Quedó aplomada la fiera
a la puerta de Fomento,
alzó la cola un instante,
no sé decir con qué objeto,

y después de formular
un mugido de desprecio,
volvió grupas de repente
hospigada por los diestros.
A la entrada de una calle
contigua a este Ministerio,
un sereno de la villa
muy barbón y muy sereno,
cubuzo en ristre citó al toro
sobre corto y por derecho
poniéndole un par de puyas
en los dos cuartos traseros.
¡Tomat rugió el animal,
vive Dios! gritó el mancebo
bailando de coronilla
sobre el duro pavimento,
¡Caballos! clamó la gente
viendo el circo sin piqueros,
y al oír la de caballos,
apresurados salieron
diez agentes de orden público,
los más lucidos del cuerpo.
Huyóse el bicho al mirarlos,
pidió el auditorio fuego,
los individuos del orden
llenáronse de ardor bélico,
empezaron a sonar
tiros a diestro y siniestro,
ladaban las señoritas,
bramaban los caballeros,
los perros daban chillidos,
el toro lanzaba ternos,
los chulos lloriqueaban,
silbaban los muchachuelos,
cerraban horrorizados
las puertas los taberneros,
y no sé qué más pasó,
porque me dió mucho miedo,
y aunque esté feo decirlo
tomé las de Valladolid.

J. LÓPEZ SILVA.



Nuestro querido amigo y compañero, el aplaudido autor cómico Felipe Pérez y González, ha sido declarado procesado en la causa que se le sigue por la publicación de un artículo en el núm. 15 del *Madrid Político*.

El juez del distrito de Buenavista (Dios se la conserve) ha dictado contra él auto de prisión y si no apronta 2.000 pesetas de fianza, ingresará en el *Abanico*.

Y allí se pasará al fresco los meses del verano.

Porque eso de pedir 8.000 reales a quien vive de la pluma, es buscar cotufas en el golfo.

¡Parece que les ha hecho la boca un fraile!

✱

Señores clowns del Circo Hipódromo de Verano:
Todas las noches me gasto un par de reales en ver a ustedes hacer lo mismo, sin quitar ni poner.

Yo tengo poca gracia, pero se me figura que más que VV....
¿A qué tengo más que VV.?

✱

—No se puede V. figurar cómo engordan los grillos en este tiempo. Yo tenía uno en una grillera, todas las mañanas tenía cuidado de ponerle una hojita de lechuga, y sólo con eso se aprovechó de tal modo...

—¿Que reventó?

—No, señor, hizo estallar la grillera.

—¡Ah! pues entonces no era grillo.

—¿Pues qué había de ser?

—¡Grilla!

✱

Libros recibidos:

De los quince a los treinta se titula un precioso tomo de poesías que ha dado a la estampa D. Ricardo Gil. En él ha demostrado que es poeta de verdad, de los de alto vuelo; hay en este libro composiciones de primer orden.

Sombas es un folleto en verso de D. Federico Gallardo. Contiene dos poemitas y dos sonetos, bien versificados por lo general y con abundantes rasgos de inspiración.

El nombre de la distinguida poetisa D.^a Sofía Casanova nos releva de dar a su libro el bombo que merece. Titúlase *Poesías*, y lo son. Basta con lo dicho para recomendarlas.

La casa Bueno ha publicado otro tomo de la Biblioteca *Demi-monde*. Se titula *La señorita del coro* y es graciosísima y picante.

Poema nacional, por D. Salvador Rueda. Es una colección de cuadros andaluces, espléndidamente dibujados. Hemos leído este tomo con muchísimo gusto.



Ha fallecido D. Ulpiano de Aza, padre de nuestro querido amigo D. Vital.

La redacción del *MADRID COMICO* se asocia a la profunda pena que aqueja a su compañero, y no le ofrece consuelo en su desgracia, porque hay desgracias para las cuales son inútiles los consuelos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. C.—Valladolid.—Choca, compañero. La composición es un tantico fuerte.

Sr. D. G. G.—Huesca.—¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!

Sr. D. E. C.—Madrid.—Así, así, ni fí ni fá.

Sr. D. F. M.—Sevilla.—No quedan plazas.

Sr. D. F. B.—Valladolid.—¡Qué malo es!

Aruncitano.—Sevilla.—Es V. un infeliz que quiere echárselas de otra cosa. ¡Quién le ha dicho a V. que los consonantes se copian? Porque según ese sistema, la carta que V. me dirige está llena de plagios. ¡Como que todas esas palabras las he usado yo mil veces! Exceptuando el vocablo *consonante*, en vez de *aconsonante*, ¡porque ese sí que es original de V.!

Fulano.—Valladolid.—Los versos están bien medidos, eso sí, pero ¡como no basta con eso!

Sr. D. R. G.—Valladolid.—¡Susio!

Sr. D. R. A.—Madrid.—Eso es mediano. Es inútil que busque V. recomendaciones.

Sr. D. N. M.—Coruña.—Flojo.

Sr. D. M. S.—Madrid.—Y además largo.

Sr. D. F. de S.—Madrid.—*Desamparada* no se escribe con h.

Sr. D. J. D.—Madrid.—No sirve por... porque no sirve.

Sr. D. L. P.—Madrid.—Quisiera complacerle, pero son un tantico sosos.

Sr. D. R. A.—Madrid.—Socico también.

Sr. D. R. A.—Barcelona.—Aquello es malo, pero a ella puede V. enviárselo. Las señoras, generalmente, entienden poco de esas cosas.

Sr. D. L. R.—Cádiz.—Bueno, p'es aplíquese V. a eso de la ortografía.

Sr. D. A. M.—Valladolid.—Parece que te estoy viendo, hombre. La carta es bonita, lo otro no sirve, y es lástima. ¡Si fuera al revés!

Sr. D. E. V.—Zaragoza.—Es tan gastado ese chiste...

Sr. D. L. M.—Madrid.—Ello tiene gracia, pero es incorrecto.

Un suscriptor.—Madrid.—Digo lo mismo.

Un lector.—Valladolid.—El interesado se resiste a que VV. le vean (porque la misma pretensión de V. tienen muchos), pero ya vendremos su modestia, pierda V. cuidado.

MADRID, 1885.—Tipografía de MANUELA G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa de Libertad, sé duplicado, bajo

SE ME OCURRE UNA IDEA...



—¿En qué consistirá que le cuesta á uno tanto trabajo cortarse las uñas de la mano derecha?

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en provincias no se admiten por menos de seis meses.
No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, prel.

DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID POLÍTICO

REGALO A LOS SUSCRITORES

DEL

MADRID CÓMICO

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

7, MAGDALENA, 7, ENTRESUELO

LA CONFIANZA

EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes á medida, *vestidos*, camisas, colchones, colchas, mantas, mantones, muebles y otros muchos efectos. Todos los géneros son superiores, y precios baratísimos, á lo que debe esta casa el gran favor que el público le dispensa. En las ventas al contado precios sin rival.

AL POBRE DIABLO

14, DESENGAÑO, 14

Casa especial en calzado de caballero por lo elegante en la forma, y por su mucha economía.

PEINETAS DE NOVEDAD EN CELLULOIDE

Es una pasta que sustituye ventajosamente á la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son *inrompibles*. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se piden.

Perfumetería de Ferra, Carmen, 1

COMPañÍA COLONIAL PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO

DE

LUIS BRAVO Y PEÑARROCHA

Desengaño, 14, y Carbón, 7 — MADRID

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos litográficos con perfección y economía.